

# NEW LEFT REVIEW 99

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO - AGOSTO 2016

## ENTREVISTA

JULIA BUXTON      Venezuela después de Chávez      7

## ARTÍCULOS

GÖRAN THERBORN      ¿Una era de progreso?      30

JOACHIM BECKER      La otra periferia de Europa      42

MANALI DESAI      Violencia de género en India      71

RODRIGO OCHIGAME Y

JAMES HOLSTON      Filtrar la disidencia      90

SVEN LÜTTICKEN      El arte y la crisis del valor      118

## CRÍTICA

ECE TEMELKURAN      El modelo turco      146

NICHOLAS DAMES      Ficciones del capital      157

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

**ts**  
**td** traficantes de sueños

SUSCRÍBETE

JOACHIM BECKER

## LA OTRA PERIFERIA DE EUROPA

**H**ABÍA EN BERLÍN un ambiente optimista en noviembre de 2014, mientras las autoridades conmemoraban el vigésimo quinto aniversario de la caída del Muro; en otras zonas de la región, sin embargo, las celebraciones fueron más apagadas. La nueva era capitalista en la Europa central y oriental ha durado ya bastante más de la mitad de la vida de aquellas economías planificadas y, sin embargo, no hay un consenso claro sobre cómo valorar sus resultados. Un examen de la región en su conjunto –desde Dresde a Donetsk, de Tallin a Skopje y Sofía– iría más allá del marco de este ensayo, que en cambio pondrá el foco en un grupo más limitado de nueve países: la antigua República Democrática Alemana (RDA), los Estados de Visegrád (Polonia, Hungría, Eslovaquia y la República Checa), los países bálticos (Estonia, Letonia y Lituania) y Eslovenia. Estos Estados tomaron desde un principio la vía rápida hacia la integración en la Unión Europea: Alemania del Este fue absorbida por su vecina occidental en cuestión de meses, mientras que los demás se unieron a la UE en la primera ocasión que tuvieron, en 2004, después de haber sido situados bajo el mando militar estadounidense dentro de la OTAN. Eslovenia y Eslovaquia adoptaron el euro en 2007 y 2009 respectivamente; Estonia, Letonia y Lituania hicieron lo propio desde el comienzo de la crisis de la eurozona; Polonia, Hungría y la República Checa conservan sus propias monedas.

En conjunto, este es un grupo que ha recibido un tratamiento muy favorable por parte de los gobiernos y empresas occidentales en términos de ayuda, alivio de la deuda e inversión exterior directa. Si la transición poscomunista iba a ser un éxito en algún lugar, seguramente lo sería en esta hornada de países. Lo que sigue a continuación es un breve esbozo de lo que fueron sus posiciones dentro del Consejo de Ayuda Mutua

Económica (COMECON) bajo dirección soviética, así como los factores determinantes que dieron forma a sus trayectorias iniciales –presiones exógenas, incluyendo la deuda externa, la inversión y el posicionamiento geopolítico, así como las estrategias endógenas–, antes de examinar toda la gama de resultados sociales y económicos.

### *Los legados comunistas*

Las economías de Europa del Este formaban parte del extenso espacio comercial del COMECON, que les daba acceso directo a un mercado de casi quinientos millones de personas y ocupaba un lugar prominente en cuanto a la división del trabajo, importando materias primas de la Unión Soviética a cambio de productos terminados de gama alta (las máquinas-herramienta y las tecnologías de la información eran las especialidades de la RDA; los automóviles, de Checoslovaquia; y la industria alimentaria y la construcción naval, de Polonia)<sup>1</sup>. Fuera del pacto de Varsovia, Yugoslavia había desarrollado unos lazos comerciales sólidos con Europa Occidental, y Eslovenia era su república más desarrollada y próspera. Los países más fuertemente industrializados de este bloque socialista de Estados, Checoslovaquia y la RDA, habían comenzado ya a alcanzar los límites de su modelo de planificación central dirigido por la inversión en la década de 1960; la tecnología empezaba a quedar rezagada respecto a los niveles alcanzados por el núcleo capitalista. En la década de 1970, Polonia, Hungría, la RDA (que recibía créditos especiales de la RFA) y Yugoslavia –junto con la URSS– recurrieron a lo que parecía financiación externa occidental a bajo precio para mejorar la gama de bienes de consumo disponibles para sus ciudadanos. Pero las debilidades de la economía global a fines de esa década perjudicaron esta estrategia y el coste del servicio de la deuda nacional se incrementó de forma acusada en la de 1980 como resultado de la subida de los tipos de interés por parte de la Reserva Federal estadounidense. Los Estados comunistas se vieron obligados a recurrir a políticas de austeridad, intensificando con ello el descontento de sus ciudadanos.

Los experimentos con el «socialismo de mercado» ya habían comenzado en Yugoslavia, donde la toma de decisiones en materia económica

---

<sup>1</sup> A finales de la década de 1980 el COMECON tenía diez miembros de pleno derecho: la URSS, seis países de Europa del Este (Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Rumanía, Bulgaria y la RDA), más Cuba, Mongolia y Vietnam. Yugoslavia tenía estatus de observador.

estaba altamente descentralizada. Entre los países del COMECON, Hungría y Polonia –donde la acumulación privada a pequeña escala estaba permitida y las empresas propiedad del Estado eran cada vez más autónomas– eran quienes habían llegado más lejos por esta vía antes de 1989. Los círculos disidentes en estos países se estaban moviendo en una dirección (neo)liberal y convergieron con corrientes influyentes dentro de la tecnocracia de sus Estados para formular lo que se ha descrito como una «visión utópica de la transformación capitalista»<sup>2</sup>. Estas tendencias intelectuales ayudan a explicar por qué el eventual proceso de cambio sistémico a fines de la década de 1980 resultó tan fácil. Sectores importantes del bloque de poder –especialmente, gestores de las compañías de propiedad pública y parte de la tecnocracia y de la *intelligentsia*– ya se habían reorientado hacia el capitalismo y pasarían a ocupar posiciones clave en unas estructuras del Estado modernizadas, en los medios de comunicación y en las empresas privadas. También aportaron muchos de sus cuadros a los nuevos partidos políticos. Los dos iconos principales de las políticas neoliberales en la región, el polaco Leszek Balcerowicz y el checo Václav Klaus, trabajaron ambos para instituciones de investigación económica bajo el régimen comunista y habían mantenido vagos contactos con los círculos de oposición. Ellos encarnaban la alianza entre los tecnócratas y la corriente liberal dominante de la *intelligentsia* disidente, que se situaría en el corazón de la transición al capitalismo en la década de 1990<sup>3</sup>.

Las estrategias que siguieron las élites nacionales después de 1989 dependieron en gran medida del grado de autonomía de que disfrutaban con respecto a las fuerzas externas. La RDA se situaba en un extremo del espectro: allí fueron burócratas externos de la República Federal quienes controlaron el proceso después de la reunificación, integrando a la RDA en la zona del *Deutschmark* sin que mediara apenas debate público alguno<sup>4</sup>. El tipo de cambio paritario establecido el 1 de julio de 1990 implicó una drástica revaluación de la vieja divisa de la RDA. Si bien fue vendido a la

<sup>2</sup> Véase Gil Eyal, Iván Széleányi y Eleanor Townsley, *Making Capitalism Without Capitalists: The New Ruling Elites in Eastern Europe*, Londres y Nueva York, 2000, pp. 84-85; en lo que respecta a Polonia, véase Jan Skórzyński, *Od Solidarności do wolności*, Varsovia, 2005, pp. 129 y ss., 240 y ss. y Karol Modzelewski, *Zajęliśmy kobyłę historii. Wyznania poobijanego jeźdźca*, Varsovia, 2013, pp. 276, 340 y ss.

<sup>3</sup> Para el caso de Polonia, véase el devastador balance del programa económico de Leszek Balcerowicz elaborado por Witold Kieżun en su libro *Patologia transformacji*, Varsovia, 2013, que provocó un escándalo cuando apareció.

<sup>4</sup> Jan Prieue y Rudolf Hickel, *Der Preis der Einheit. Bilanz und Perspektiven der deutschen Vereinigung*, Frankfurt, 1991, pp. 81 y ss.

opinión pública como un gesto de bienvenida que incrementaría el valor de los ahorros germano-orientales, esta medida tuvo un impacto devastador en el sector manufacturero del Este, que no estaba precisamente preparado para el flujo de importaciones baratas de Alemania Occidental y que prácticamente de un día para otro perdió gran parte de su mercado interno. La integración plena en la República Federal trajo consigo no solo toda la panoplia de la legislación de la RFA, sino también la pertenencia a la Comunidad Europea con su *acquis communautaire*.

Tras la RDA, los países bálticos fueron los que adoptaron las reformas neoliberales más radicales una vez hubieron logrado su independencia en 1991. Aquí la presión, en sentido estricto, no era externa sino subjetiva: para los nuevos gobiernos de la región, la prioridad era romper vínculos económicos con Moscú tan rápido como fuera posible. La introducción de monedas nacionales formaba parte de esta estrategia: los tres países optaron por unos tipos de cambio extremadamente rígidos en su pugna por asegurarse la aceptación internacional. Estonia y Lituania incluso establecieron sistemas de *currency-board*, que eliminaban cualquier margen de maniobra en materia de política monetaria<sup>5</sup>. Las consideraciones de tipo nacionalista también influyeron en el enfoque que estos Estados adoptaron con respecto a la venta de activos públicos. Los gobiernos de Estonia y Letonia optaron por ventas directas a extranjeros como primera opción y por la distribución de cupones de participación entre los ciudadanos, como la segunda. Tal y como observan Dorothee Bohle y Béla Greskovits, esta política respondía a una fuerte ofensiva de «desrusificación»: «Permitir adquisiciones masivas a los propios gestores y empleados, especialmente en el contexto de la privatización de grandes compañías, habría dado el poder inevitablemente a gestores y trabajadores de etnia rusa, mientras que los propietarios estratégicos occidentales se consideraban una amenaza menor para la soberanía»<sup>6</sup>. En ambos países a los rusos étnicos se les negaron los derechos a la ciudadanía y, por lo tanto, se los podía excluir de los esquemas de privatización mediante cupones.

### *Transiciones*

De los Estados de Visegrád, el margen de maniobra de Hungría se veía limitado por su alto volumen de deuda contraída con bancos occidentales.

---

<sup>5</sup> Dorothee Bohle y Béla Greskovits, *Capitalist Diversity on Europe's Periphery*, Ithaca, (NY), 2012, pp. 105-111.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 122.

Durante las dos décadas siguientes, tanto los gobiernos de centro-derecha como los de centro-izquierda se dedicaron a acumular tanta moneda fuerte como pudieron, ofreciendo todo tipo de incentivos para atraer inversión extranjera directa como base para el crecimiento. La breve tentativa correctora de los años 1993-1994, con vistas a dar una mayor prioridad al capital doméstico, fue abandonada tras las presiones del FMI y del Banco Europeo para la Reconstrucción y el Desarrollo (BERD), que congelaron su ayuda a Hungría hasta que su gobierno entró en vereda<sup>7</sup>. Polonia también había acumulado una deuda exterior bastante significativa, pero los mandatarios de Varsovia recibieron un trato muy distinto al de sus homólogos de Budapest. En su calidad de mayor país de la región, con una población de 38 millones –sustancialmente mayor que las de Hungría, la República Checa y Eslovaquia juntas– Polonia era considerada el premio geopolítico mayor por parte de Washington y Bonn, tanto un eje del nuevo orden de seguridad regional como un modelo económico al que había que conceder toda la ayuda posible a través del FMI y el Banco Mundial. Gran parte de la deuda polaca estaba de hecho en manos de estos acreedores institucionales y no de bancos privados, a diferencia del caso húngaro, y el 70 por 100 de la misma fue cancelada en 1991. Los gobiernos polacos, por lo tanto, no tuvieron que emular la vertiginosa búsqueda de inversión extranjera directa protagonizada por Hungría a principios de la década de 1990: entre 1992 y 1995 Hungría atrajo 9,4 millardos de dólares en inversión externa (lo que representaba casi el 6 por 100 del PIB), mientras que la economía polaca, de mucha mayor envergadura, atrajo 2,5 millardos (un poco más del 0,5 por 100)<sup>8</sup>.

En este sentido, Checoslovaquia se encontró inicialmente en una posición más fuerte que Hungría o Polonia, ya que su exposición a la deuda era mucho más baja, al tiempo que su renta per cápita en 1990 era significativamente más alta: un 30 por 100 superior a la húngara y un

---

<sup>7</sup> Jan Drahokoupil, *Globalization and the State in Central and Eastern Europe: The Politics of Foreign Direct Investment*, Londres, 2009, pp. 104-105.

<sup>8</sup> Banco Mundial, *Transition, The First Ten Years. Analysis and Lessons for Eastern Europe and the Former Soviet Union*, Washington DC, 2002, p. 7. No es que Polonia no tuviera presión externa. USAID invirtió sumas importantes en proyectos tendentes a modelar la trayectoria del desarrollo polaco, y el fondo empresarial polaco-estadounidense [Polish American Enterprise Fund] suponía casi un cuarto de su presupuesto total en la década de 1990. El FMI también jugó un papel importante a la hora de guiar a Polonia por la senda correcta, al suspender sus programas *ipso facto*, en 1990 y 1991, cuando el gobierno polaco no cumplió los objetivos: Jane Hardy, *Poland's New Capitalism*, Londres, 2009, pp. 62, 57.

40 por 100 superior a la polaca<sup>9</sup>. Esto alentó al gobierno de Klaus en su convicción de que Checoslovaquia podía crear su propia burguesía interna, sin tener que depender de empresas extranjeras para construir su sector manufacturero. Algo más precipitadamente, Klaus evocaba la historia de entreguerras de empresas como Škoda, para lanzar el argumento de que los checos poseían una aptitud natural para el capitalismo y podían arreglárselas sin medidas proteccionistas. Tal y como lo explica Jan Drahekoupil: «Se esperaba que las empresas checas tuvieran éxito compitiendo con Occidente, no tanto porque la mano invisible del mercado les fuera a enseñar cómo competir, sino porque según la creencia general serían capaces de hacerlo sin que nadie les enseñara. Según esta lógica, no necesitaban la protección propia de las industrias emergentes ni guías extranjeros»<sup>10</sup>. El resultado inmediato, sin embargo, fue la pérdida de la joya de la corona checa, cuando Škoda fue engullida por Volkswagen por 6 millardos de dólares.

Eslovenia demostró en un principio ser un caso aparte, no sólo entre las ex repúblicas yugoslavas (de las que se separó en 1991), sino en el marco general de la Europa central y oriental poscomunista. Liubliana adoptó el enfoque más gradual de cara a la transformación económica, haciendo caso omiso de las insinuaciones por parte de Jeffrey Sachs y otros con ideas similares de que tomara la misma vía radical que adoptaron países como Estonia. Tal y como recordaba el viceprimer ministro Jože Mencinger, uno de los principales arquitectos de la transición eslovena: «Escuchamos lo que tenían que decir, pero no seguimos su consejo. Su agenda partía de bases ideológicas, no económicas. Y los consejeros estadounidenses no veían diferencia alguna entre Eslovenia y Mongolia»<sup>11</sup>.

Eslovenia siempre había sido la más rica de las provincias de la antigua Yugoslavia y sus empresas manufactureras estaban más orientadas hacia la producción para los mercados de exportación de Europa Occidental que sus homólogos en los demás países del bloque oriental, lo cual explica que hubiera allí menos necesidad de reestructuración industrial. Los dirigentes políticos podían partir de su experiencia en tratar con las autoridades de la Federación Yugoslava en su intento de establecer estrategias industriales y comerciales autónomas. Tanto el capital nacional como el Estado mantuvieron posiciones clave en sectores como la banca

---

<sup>9</sup> J. Drahekoupil, *Globalization and the State in Central and Eastern Europe: The Politics of Foreign Direct Investment*, cit., p. 62.

<sup>10</sup> *Ibid.*, pág. 86.

<sup>11</sup> D. Bohle y B. Greskovits, *Capitalist Diversity on Europe's Periphery*, cit., pp. 212-213.

y el sector industrial. Las empresas más pequeñas fueron privatizadas cuidando de que los trabajadores y el *management* se vieran favorecidos; las compañías más grandes, o bien fueron transferidas hacia fondos de control público, o bien atravesaron un proceso de privatización mediante cupones. Desde principios de la década de 1990 hasta su incorporación a la Unión Europea en 2004, Eslovenia implementó una política proindustrial coherente, imponiendo incluso un régimen suave de controles de capital para prevenir la apreciación de la moneda nacional. Desafiando las recomendaciones externas, se adoptó un tipo de cambio flotante. Esta política favoreció las exportaciones y amplió el margen para conceder subidas salariales. El compromiso social entre empleadores, sindicatos y Estado, que apuntalaba este original enfoque de la transición poscomunista se tradujo en la creación del Consejo Económico y Social, un órgano corporativista tripartito establecido en 1994.

### *Resultados inmediatos*

A pesar de todas sus variantes, ninguno de los ocho países pudo evitar la experiencia de la recesión profunda a principios de la década de 1990, que fue mucho mayor que cualquier cosa que predijeran los arquitectos de la transición. En Polonia, por ejemplo, la «terapia de choque» recetada por Jeffrey Sachs y Leszek Balcerowicz tuvo un impacto mucho mayor sobre el PIB y el empleo de lo que se previó en las proyecciones originales. Tal y como más tarde reconoció el economista Stanisław Gomułka, que trabajó como consejero en el Ministerio de Hacienda durante aquel periodo, una caída prevista del 3,5 por 100 en 1990 se convirtió en una depresión efectiva de más del 11 por 100; un crecimiento anticipado para el año siguiente del 3,5 por 100 se esfumó, al caer el PIB otro 7 por 100<sup>12</sup>.

La recesión de dos dígitos de Polonia en 1990 fue seguida del resto de los Estados de Visegrád en 1991, mientras que Eslovenia se libraba por poco (Cuadro 1). Polonia experimentó dos años de contracción; Eslovenia y la República Checa, tres; Hungría y Eslovaquia, cuatro. Pero las depresiones más desastrosas tuvieron lugar en los países bálticos. Tanto Estonia como Lituania experimentaron recesiones de cinco años; el periodo de crecimiento negativo de Letonia duró tres años justos, pero esto, desde luego, estaba lejos de ser una bendición, ya que durante cada uno de esos tres

---

<sup>12</sup> Stanisław Gomułka, *The IMF-supported Programs of Poland and Russia, 1990-1994: Principles, Errors and Results*, Centre for Social and Economic Research, Varsovia, 1995.



años hubo caídas de dos dígitos del PIB, incluyendo una asombrosa del 35 por 100 solo en 1992. Al final del siglo, los únicos países que habían superado sus niveles de PIB de 1989 eran Polonia, Eslovenia y Eslovaquia (esta última, por un pelo); bastante atrás estaban los PIB de los Estados bálticos, con el de Estonia, el mejor de los tres, todavía casi el 25 por 100 más bajo que en 1989, mientras que el de Letonia, el peor, era el 40 por 100.

CUADRO I: *Recesión y crecimiento económico*

	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997	1998	1999
Polonia	-11,6	-7,0	2,6	3,8	5,2	7,0	6,1	6,9	4,8	3,8
Rep. Checa	-1,2	-11,5	-3,3	0,6	3,2	6,4	3,8	0,3	-2,3	-0,3
Eslovaquia	-2,5	-14,6	-6,5	-3,7	4,9	6,9	6,6	6,5	4,4	1,9
Hungría	-3,5	-11,9	-3,1	-0,6	2,9	1,5	1,3	4,6	5,1	4,2
Eslovenia	-4,7	-8,9	-5,5	2,8	5,3	4,1	3,5	4,6	5,1	4,2
Estonia	-8,1	-13,6	-14,2	-9,0	-2,0	4,3	3,9	10,6	4,0	0
Letonia	2,9	-10,4	-34,9	-14,9	0,6	-0,8	3,3	8,6	3,6	1,5
Lituania	-5,0	-6,2	-21,3	-16,0	-9,5	3,5	4,9	7,4	5,2	0

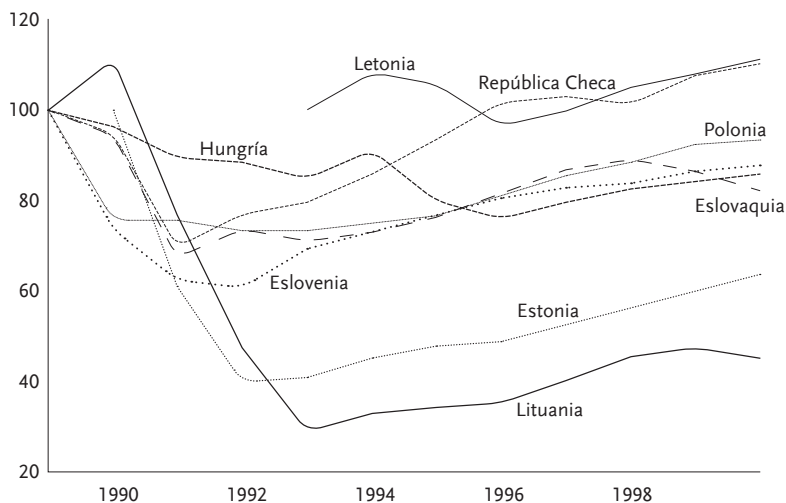
*Fuente:* IMF Working Paper, «Globalization and Catching-Up: From Recession to Growth in Transition Economies», junio de 2000.

Como era de esperar, la recesión se cebó duramente con los salarios. En su momento más bajo de la década de 1990, los índices salariales de Hungría y Polonia cayeron el 25 por 100; en la República Checa, el 30 por 100; en Eslovaquia, en un tercio; y en Eslovenia, el 40 por 100 (Figura 1). Una vez más, los Estados bálticos eran un caso aparte: una caída del 60 por 100 en Estonia era claramente superada por el derrumbe del 70 por 100 en Lituania<sup>13</sup>. En 2000 tan sólo la República Checa había superado sus índices salariales anteriores a la transición. En Hungría, ese momento sólo se iba a alcanzar en 2002; le seguirían Polonia (2004), Eslovenia (2006), Eslovaquia (2007) y Estonia (también en 2007). Los índices salariales de Lituania aún no habían alcanzado el 85 por 100 de su nivel de 1989 en el momento del crac económico de 2008, tras el cual volvieron a bajar<sup>14</sup>.

<sup>13</sup> Los datos disponibles para Letonia parten de la línea base de 1993, es decir, después de la peor fase de la recesión poscomunista.

<sup>14</sup> Leon Podkaminer, «Development Patterns of Central and East European Countries», WIIW Research Reports núm. 388, julio de 2013.

GRÁFICO I: Variaciones en los salarios reales medios, 1989-2000



1989 = 100 por 100. Fuente: Leon Podkaminer, «Development Patterns of Central and East European Countries», WIIW Research Reports núm. 388, julio de 2013.

La resistencia social fue en gran medida silenciada durante el periodo de transición. Los gobiernos bálticos tuvieron las manos libres, asistidos por la movilización nacionalista durante la primera década postsoviética y la privación del derecho a voto de los rusos étnicos, a quienes la reestructuración económica afectó de una forma desproporcionada<sup>15</sup>.

Las políticas ultraliberales adoptadas en la década de 1990, que incluyen la introducción de impuestos fijos sobre la renta, dejaron a Estonia, Letonia y Lituania con los Estados de bienestar más parcos de la región. Entre 1999 y 2006, sus ciudadanos recibieron anualmente de media sólo 1.331 € en beneficios sociales, comparados con los 2.371 € de los cuatro países de Visegrád, y los 4.021 € de Eslovenia. El gasto total en protección social en los países bálticos fue menor del 14 por 100 del PIB: el 6 por 100 más bajo que la media de los de Visegrád y 10 puntos por debajo del nivel de Eslovenia (cuadro 2). En comparación, en 2002 Italia gastó un 25 por 100,

<sup>15</sup> En cuanto al mayor impacto de la transición sobre los rusos étnicos, véase D. Bohle y B. Greskovits, *Capitalist Diversity on Europe's Periphery*, cit., p. 120. Para justificar los recortes en el gasto social se empleaba a veces una retórica que habría hecho palidecer a la misma Thatcher. Un ministro de Asuntos Sociales letón explicaba de esta forma por qué no había ninguna razón para ofrecer un estándar de vida digno a los pensionistas: «No necesitan grandes pensiones, porque trabajaron bajo el régimen comunista y su trabajo no aportó nada», *ibid.*, p. 116.

Reino Unido un 27 por 100, Francia y Alemania más de un 30 por 100 del PIB en bienestar social<sup>16</sup>. En términos de movilización popular, Eslovenia se situaba en el otro extremo de la escala. La primera administración poscomunista provocó una huelga masiva en 1992, cuando impuso una congelación salarial unilateral y trató de eliminar los convenios colectivos. La congelación fue abandonada y el primer ministro de centro-derecha Alojz Peterle presentó su renuncia para ser relevado por su homólogo de centro-izquierda Janez Drnovšek. Las coaliciones de centro-izquierda se mantendrían en el poder durante los doce años siguientes.

CUADRO 2: *Variaciones regionales en protección social, 1999-2006*

	Gasto total en protección social (% del PIB)	Beneficios sociales per capita (€)
Estados bálticos	13.7	1,331
Estados de Visegrád	19.7	2,371
Eslovenia	23.8	4,021

Fuente: D. Bohle y B. Greskovits, *Capitalist Diversity on Europe's Periphery*, cit.

Stephen Crowley y Miroslav Stanojević han mantenido que en Eslovenia los disturbios sociales tuvieron lugar en un momento crucial, coincidiendo con los debates sobre la forma en que se llevaría a cabo la privatización:

El principal sindicato, ZSSS, organizó una conferencia especial en octubre de 1992, en la que exigió que a los trabajadores se les diera la mayoría de las acciones, exigencia que luego remitió al parlamento. La versión de la ley que finalmente adoptó el gobierno (encabezado por Drnovšek) era un compromiso, pero un compromiso que favorecía fuertemente las compras internas que beneficiaban a todos los actores clave: al Estado, a los gestores y a los trabajadores<sup>17</sup>.

Esto contrasta con la experiencia de Polonia, donde los sindicatos estaban divididos entre el progubernamental Solidaridad y el ex comunista OPZZ y fueron incapaces o renuentes a desafiar la forma que adoptó

<sup>16</sup> Eurostat: Gasto en protección social, 2002-2012. La media de los quince países de la UE en 2001 estaba justo por debajo del 28 por 100.

<sup>17</sup> Stephen Crowley y Miroslav Stanojević, «Varieties of Capitalism, Power Resources and Historical Legacies: Explaining the Slovenian Exception», *Politics and Society*, vol. 39, núm. 2, 2011.

la privatización a principios de la década de 1990. En Yugoslavia, por supuesto, a diferencia de Polonia, el legado comunista no estaba asociado a la dominación extranjera. En el inmediato periodo postsoviético, la aprobación de las reformas radicales de libre mercado en Polonia fue facilitada por la orientación de Solidaridad, con su ideología fuertemente anticomunista. La cúpula de Solidaridad extendió un «paraguas protector» sobre el gobierno de centro-derecha liderado por Tadeusz Mazowiecki, mientras implementaba una agenda neoliberal. Aunque más tarde el sindicato recibiría una fuerte presión por parte de sus propios miembros para que defendiera los empleos y los salarios, para entonces muchas de las decisiones cruciales ya se habían tomado<sup>18</sup>. El descontento popular con la transición en Polonia y Hungría se manifestó principalmente a través de la elección de gobiernos poscomunistas de centro-izquierda a mediados de la década de 1990, que, sin embargo, en cuanto llegaron al poder, procedieron a implementar políticas idénticas a las que se venían siguiendo. A su vez, estos partidos serían luego desalojados del poder en favor de la derecha nacionalista.

### *Colapso industrial*

¿Qué fue de las estructuras productivas locales ante este torbellino? Bajo el doble impacto de la unión monetaria y la liberalización comercial, la producción germano-oriental se vino abajo. Entre 1989 y 1991, la producción industrial cayó en más del 70 por 100 y en el momento de la crisis global de 2008 aún no había recuperado los niveles previos a la reunificación<sup>19</sup>. La base industrial de la RDA era razonablemente fuerte cuando comenzó la transición, aunque el reemplazo de la maquinaria durante la década

---

<sup>18</sup> Agnieszka Paczynska, «Confronting Change: Labour, State and Privatization», *Review of International Political Economy*, vol. 14, núm. 2, mayo de 2007. El dinero de ayuda al desarrollo proveniente de USAID se empleó para apadrinar proyectos bajo el auspicio de AFL-CIO, que formaba a los funcionarios del sindicato para que apoyaran el capitalismo de libre mercado. Nada de esto impidió que Leszek Balcerowicz protestara por el inconveniente «grado de movilización política y organización obrera» que había en la Polonia poscomunista: «Aquello que nos fue de mucha ayuda en nuestra marcha hacia la libertad y la democracia no es necesariamente un activo valioso para nosotros a la hora de construir una economía de mercado». Balcerowicz no tuvo ningún empacho en ocultar la envidia que le daban los regímenes autoritarios que habían presidido el desarrollo de las economías de los «tigres» asiáticos, «donde la fuerza laboral no estaba organizada y los salarios eran elásticos»: Leszek Balcerowicz y Piotr Graff, «Democracy is no Substitute for Capitalism», *Eastern European Economics*, vol. 32, núm. 2, 1994.

<sup>19</sup> Arbeitsgruppe Alternative Wirtschaftspolitik, *Deutsche Zweiheit—Oder: Wie viel Unterschied verträgt die Einheit? Bilanz der Vereinigungspolitik*, St. Katharinen, 2010, pp. 54 y ss.

precedente se había visto frenado por la crisis económica. La integración de la industria de la Alemania del Este en la división del trabajo del COMECON estaba caracterizada por una fuerte tendencia hacia la producción de maquinaria. Gracias a una importante base de especialización y a una muy desarrollada política de sustitución de importaciones, la RDA producía una enorme variedad de bienes en este sector: alrededor del 50 por 100 del surtido internacional de maquinarias y equipos, según señalaba un veterano de la comisión de planificación de Alemania Oriental<sup>20</sup>. El sector químico y otras industrias pesadas eran asimismo importantes y la RDA hizo grandes esfuerzos para establecer un sector de microelectrónica en la década de 1980. La exportación de bienes manufacturados sufrió enormemente con la desintegración del COMECON.

El declive industrial se vio exacerbado por el marco en el que se llevó a cabo la privatización. El proceso fue dirigido por una *Treuhandanstalt* [agencia fiduciaria] compuesta en su mayor parte por funcionarios germano-occidentales, que adoptaron la línea de o bien vender empresas a corporaciones de la República Federal, o bien cerrarlas<sup>21</sup>. Hoy quedan pocas sedes empresariales en los viejos *Länder* del Este; la mayor parte de los grandes complejos industriales que quedan son plantas filiales. Un grupo de economistas alemanes heterodoxos ha llegado a la conclusión de que se trató de un proceso de «desposesión sin compensación»<sup>22</sup>. En algunas áreas, como las minas de potasa de Turingia, los trabajadores resistieron el cierre con gran determinación, pero normalmente en vano. La economía regional se convirtió de hecho en una extensión de plantas filiales de la industria exportadora de la antigua Alemania Occidental, con unos sindicatos más débiles y unas condiciones de trabajo más precarias. Las transferencias fiscales a gran escala del Oeste hacia el Este, que de media llegaron a los 70 millardos de euros anuales entre 1991 y 2010, sirvieron principalmente para atenuar los peores efectos sociales de la desindustrialización y para impulsar la demanda interna. Hicieron poco por incentivar la actividad productiva en el Este: la convergencia en términos de PIB de hecho se detuvo en 1997. A partir de ese punto, el PIB per capita de los *Länder* orientales se ha quedado estancado en alrededor del 70 por 100 del nivel de la parte occidental del país.

---

<sup>20</sup> Siegfried Wenzel, *Plan und Wirklichkeit. Zur DDR-Ökonomie: Dokumentation und Erinnerungen*, Gutenberg, 1998, p. 108.

<sup>21</sup> El gobierno de Merkel ha presentado la *Treuhandanstalt* como un modelo para la privatización a gran escala en Grecia.

<sup>22</sup> Arbeitsgruppe Alternative Wirtschaftspolitik, *Deutsche Zweifelt*, cit., p. 62.

Los sectores industriales bálticos, en general no muy avanzados, se concentraban sobre todo en los productos agrícolas y dependían en gran medida de las materias primas locales; las industrias basadas en la madera eran el subsector más importante en Letonia y Estonia, mientras que en Lituania ese lugar lo ocupaba la alimentación. En los tres países las manufacturas entraron en un pronunciado declive bajo el doble lastre de unas divisas sobrevaluadas y el colapso de las redes de comercio y producción pansoviéticas. La producción industrial en Letonia y Lituania sigue siendo aproximadamente un tercio más baja hoy de lo que era en 1989; si el sector industrial suponía un 20 por 100 del PIB letón 1995, en 2008 su nivel había caído al 10 por 100 del PIB<sup>23</sup>. Estonia es el único país báltico en haber superado su nivel de 1989<sup>24</sup>.

En los países de Visegrád, gran parte de lo que quedó de la base industrial estaría en manos del capital occidental con el cambio de siglo, aunque el proceso fue tortuoso. Tras la partición de Checoslovaquia en 1993, los gobiernos de Klaus y Mečiar persiguieron la privatización por vías distintas –principalmente mediante cupones en la República Checa, mientras que en Eslovaquia predominaron las ventas directas–, pero siempre con el objetivo único de promover la creación de un «estrato nacional de formación de capital», que es como Vladimír Mečiar llamaba a la nueva clase social. Siguiendo el legado comunista, se dio prioridad a las empresas industriales; sin embargo, las estructuras industriales existentes no encajaban realmente en el nuevo ambiente de capitalismo liberalizado, ya que se habían orientado hacia la producción de un abanico amplio de productos con el objetivo de maximizar la autosuficiencia, bien a escala nacional o a escala del COMECON. Los gobiernos de Praga y Bratislava fueron lentos a la hora de iniciar cualquier proceso de reestructuración, limitándose a la provisión de liquidez a través de bancos o fondos controlados por el Estado. Esto no resolvió los problemas subyacentes del sector industrial y dejó a los bancos muy lastrados con deuda mala. Por lo tanto, el proyecto de cultivar un capital nacional había empezado a encontrar serios problemas a finales de la década de 1990. La nueva burguesía respondió a la crisis de la industria mediante la diversificación

---

<sup>23</sup> Jeff Sommers y Jānis Bērziņš, «Twenty Years Lost: Latvia's Failed Development in the Post-Soviet World», en Gareth Dale (ed.), *First the Transition, Then the Crash. Eastern Europe in the 2000s*, Londres, 2011, p. 130.

<sup>24</sup> Joachim Becker, Predrag Četković y Rudy Weissenbacher, «Financialization, dependent export industrialization and de-industrialization in Eastern Europe», en Giovanni Cozzi et al., *Finance and Industrial Policy. Beyond Financial Regulation in Europe*, Oxford, 2016, p. 55.

de sus carteras invirtiendo en activos financieros. Jan Drahokoupil ha analizado la contradicción básica en el corazón mismo de la estrategia de Klaus en la República Checa:

Paradójicamente, la estrategia, orientada hacia el ámbito doméstico, fue promovida por reformistas neoliberales, que diseñaron e implementaron unas políticas de transición que hicieron muy difícil cualquier intento de construir un capitalismo nacional, al escindir las empresas checas de los mercados orientales y al forzarlas a competir con corporaciones occidentales tanto en los mercados internos como en los occidentales. Tal y como indican los términos de la absorción de Škoda por parte de Volkswagen, que incluían considerables medidas proteccionistas, esas condiciones no eran aceptables ni siquiera para las corporaciones extranjeras que querían desarrollar empresas de propiedad estatal<sup>25</sup>.

La acumulación de créditos de dudoso cobro provocó una crisis bancaria en 1997-1998, que a su vez generó volatilidad en los tipos de cambio y problemas severos en la balanza de pagos checa. Klaus se vio obligado a dimitir a finales de 1997 y el nuevo gobierno de centro-izquierda encabezado por Miloš Zeman forzó una reorientación drástica hacia el capital extranjero. Praga desencadenó una pugna regional con un paquete de incentivos diseñado para atraer inversión extranjera directa. El gobierno de Mečiar en Eslovaquia también caería a finales de la década de 1990 –si bien por motivos más políticos que económicos– y su reemplazo, encabezado por el cristiano-demócrata Mikuláš Dzurinda, llevó a cabo una reorientación similar.

### *El ingreso en la UE como absorción hostil*

Este cambio de dirección también estuvo muy influido por las negociaciones para el ingreso en la Unión Europea, que para los países de Visegrád comenzaron oficialmente durante aquel periodo. La UE ya había negociado a principios de la década de 1990 acuerdos comerciales que partían de una liberalización asimétrica: en términos generales, los antiguos países del COMECON tenían que deshacerse, tan pronto como fuera posible, de todas las medidas proteccionistas que beneficiaban a sus industrias sensibles, sin que se impusiera una obligación similar a los europeos occidentales. Bruselas insistió en negociar con los países candidatos individualmente –el sistema denominado *hub and spokes*– y presionó con fuerza para acelerar la privatización en interés del capital extranjero. Con Eslovaquia y la República

---

<sup>25</sup> J. Drahokoupil, *Globalization and the State in Central and Eastern Europe. The Politics of Foreign Direct Investment*, cit., pp. 85-86.

Checa ahora compitiendo denodadamente con Hungría como lugares de inversión, Polonia también terminó adoptando el paradigma regional, ayudada por la presión de Bruselas, que empujó a los polacos a privatizar su industria del acero en la víspera de su ingreso en la UE<sup>26</sup>.

Con estos cuatro países situados en la vía rápida hacia la integración en la UE, el capital industrial reubicó cada vez más la producción en la región, para beneficiarse de una fuerza de trabajo local que era a un tiempo especializada y barata. Entre 1996 y 2003, la proporción de compañías de propiedad extranjera en el sector manufacturero checo se cuadruplicó<sup>27</sup>. En 2004, las multinacionales controlaban al menos la mitad del sector industrial en todos los países excepto en Polonia, donde la cifra era del 45 por 100. Y su presencia era aún más alta en las industrias de alta tecnología: en la producción de automóviles, donde la presencia extranjera excedía el 90 por 100 en toda la región; o en la electrónica, donde oscilaba entre el 70 por 100 en Polonia y el 92 por 100 en Hungría<sup>28</sup>. Los salarios bajos eran clave para los sectores industriales de los Estados de Visegrád: en 2006, el salario medio en la República Checa era menos de un tercio del de Alemania; en Polonia, menos de un cuarto; en Hungría y Eslovaquia, menos de un quinto (cuadro 3).

A pesar de la desindustrialización de los años de transición, el sector industrial siguió ocupando un lugar central en el modelo de desarrollo de los países de Visegrád. El flujo entrante de capital extranjero cambió significativamente la estructura industrial de Europa Central<sup>29</sup>. Los fabricantes de automóviles jugaron un papel especialmente importante, siendo Hungría, Eslovaquia y la República Checa los que atrajeron una mayor cuota de inversión: los trabajadores del sector del automóvil representan hoy una mayor proporción de la fuerza de trabajo total en estos países que en Alemania<sup>30</sup>. En 2006, el 15 por 100 de la producción automovilística europea estaba localizada en la región<sup>31</sup>. En el corazón mismo de este

---

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 106.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 56.

<sup>28</sup> Andreas Nölke y Arjan Vliegenthart, «Enlarging the Varieties of Capitalism: The Emergence of Dependent Market Economies in East Central Europe», *World Politics*, vol. 61, núm. 4, octubre de 2009.

<sup>29</sup> El desarrollo industrial en Europa del Este se discute en detalle en J. Becker *et al.*, «Financialization, dependent export industrialization and de-industrialization in Eastern Europe», cit.

<sup>30</sup> Henry Foy y James Politi, «VW emissions crisis fuels jobs fear in east Europe», *Financial Times*, 12 de octubre de 2015.

<sup>31</sup> D. Bohle y B. Greskovits, *Capitalist Diversity on Europe's Periphery*, cit., p. 170.



proceso estaban los fabricantes exportadores alemanes; solo Volkswagen es hoy responsable de un tercio de la producción automovilística en los países de Visegrád<sup>32</sup>. El grueso de la inversión extranjera directa en la industria del automóvil se dio a partir de 2000, con la apertura de plantas de compañías francesas, italianas y asiáticas: el mayor inversor en Polonia era Fiat, que se beneficiaba de unos lazos históricos con el fabricante local FSO, así como la coreana Daewoo<sup>33</sup>. Las multinacionales estadounidenses se hicieron con una parte significativa de la industria alimentaria polaca y compraron la planta de acero más grande de Eslovaquia.

CUADRO 3: *Índices salariales en países de la UE seleccionados, 2006*

	<i>Salario medio anual (€)</i>
Alemania	23,438
Austria	22,400
Francia	19,797
Eslovenia	12,825
República Checa	6,716
Estonia	5,432
Polonia	5,086
Eslovaquia	4,512
Hungría	4,493
Lituania	4,336
Letonia	4,123

*Fuente:* Christian Dreger *et al.*, *Wage and Income Inequality in the European Union*, Parlamento Europeo, enero de 2015.

Sectores lucrativos de la infraestructura regional, tales como las telecomunicaciones, fueron asimismo adquiridos por empresas de Europa Occidental. Pero la posición de más relevancia que ocuparon las compañías extranjeras –en mayor medida incluso que la actividad industrial– estaba en el sector financiero: en 2006, el 97 por 100 de los activos bancarios eslovacos se encontraban en manos extranjeras; en los casos de República Checa, Hungría y Polonia, las cifras eran equivalentes: el 85, el 83 y 74 por 100, respectivamente<sup>34</sup>. Los bancos austriacos tenían la mayor porción del pastel en Hungría, Eslovaquia y la República Checa, mientras que los alemanes, franceses, belgas e italianos jugaban también un papel

<sup>32</sup> H. Foy y J. Politi «vw emissions crisis fuels jobs fear in east Europe», cit.

<sup>33</sup> J. Hardy, *Poland's New Capitalism*, cit., p. 84.

<sup>34</sup> Marica Frangakis, «Europe's financial system under pressure», en John Grahil ed., *Global Finance and Social Europe*, Cheltenham, 2009, p. 72.

significativo (cuadro 4). La financiarización de las economías regionales alcanzó su punto más acusado en Hungría, donde el crédito de los hogares se expandió masivamente en los años anteriores a la crisis global. La mayor parte de estos créditos se efectuaron en euros o en francos suizos: en 2006-2007, el 80 por 100 de los nuevos préstamos hipotecarios y la mitad de los créditos a las pequeñas empresas y de los préstamos personales se concedieron en moneda suiza<sup>35</sup>. En Hungría, los bancos dependían en gran medida de la refinanciación externa para alimentar este auge crediticio. Sus deudores, predominantemente de clase media, se vieron seducidos por los bajos tipos de interés a la hora de suscribir créditos en moneda extranjera. De esta forma, los bancos húngaros trasladaron a sus clientes la carga de los riesgos asociados al tipo de cambio.

El capital nacional conservó algunos espacios menores, pero altamente lucrativos. Muchas de las empresas privadas punteras en la región estaban organizadas como *holdings* financieros con una cartera diversificada; la construcción y los inmuebles, a menudo estimulados por la financiarización, pasaron a ser dos sectores de referencia. En algunos casos excepcionales, se crearon imperios industriales nacionales, tales como la checa Agrofert, empresa especializada en agricultura, químicos y procesamiento de alimentos<sup>36</sup>. En cuanto a las iniciativas a gran escala, el capital doméstico a menudo aparecía relacionado con compañías extranjeras, sobre todo en el campo de las infraestructuras privatizadas; en el caso de la adquisición de nichos más pequeños, en cambio, tendía a operar en solitario. Las empresas de capital polaco jugaron un papel más fuerte en la economía nacional que sus contrapartes en los otros tres países de Visegrád.

En los países bálticos, la inversión extranjera directa se concentraba, más que en la industria, en las finanzas y en el sector inmobiliario, siendo de lejos los bancos de propiedad sueca los actores más significativos (tabla 4). La década del 2000 se caracterizó por *booms* alimentados por

---

<sup>35</sup> Dorothee Bohle, «East European Capitalism: What Went Wrong?», *Intervention*, vol. 6, núm. 1, 2009.

<sup>36</sup> Su principal accionista es el actual ministro de Hacienda checo, Andrej Babiš, que renunció al cargo de director ejecutivo de la compañía para ser ministro. Hay un relato periodístico muy útil de las estrategias económicas y políticas desplegadas por Babiš para construir el grupo Agrofert: Tomáš Pergler, *Babiš. Příběh oligarchy*, Praga, 2014. Véase también Martin Myant, *The Rise and Fall of Czech Capitalism: Economic Development in the Czech Republic Since 1989*, Cheltenham, 2003, y Juliusz Gardawski (ed.), *Rzemieślnicy i biznesmeni: Właściciele małych a średnich przedsiębiorstw prywatnych*, Varsovia, 2013, sobre el papel que jugó el capital nacional en la región.

el crédito y muy dependientes del recurso a las finanzas internacionales. Los altos índices de crecimiento báltico durante este periodo, saludados en la prensa financiera occidental como un signo de la solidez de las políticas aplicadas, dependían en gran medida de una burbuja inmobiliaria financiada con deuda e impulsada por los bancos suecos. En Letonia, el porcentaje de créditos inmobiliarios en el volumen total de endeudamiento subió desde menos del 10 por 100 en 2003 a casi el 60 por 100 en 2007, periodo en el que el gobierno estaba encabezado por el político conservador Aigars Kalvītis. En su punto álgido, los precios de la propiedad inmobiliaria en la ciudad costera de Jurmala se equiparaban a los de Montecarlo, mientras que el precio por metro cuadrado de un apartamento en Riga se cuadruplicó entre 2004 y 2007<sup>37</sup>. Los ratios de endeudamiento de los hogares en relación al PIB en Estonia y Letonia eran los más altos de Europa del Este: más del 90 por 100 en Estonia en el primer trimestre de 2008 y el 86 por 100 en Letonia<sup>38</sup>.

Este «keynesianismo privatizado» llegó en un momento feliz para las élites bálticas: la expansión crediticia de la década de 2000 ofrecía una manera muy conveniente de incrementar la renta disponible sin tener que revertir o moderar ninguna de las reformas neoliberales implementadas tras la caída del comunismo. La integración en la Unión Europea trajo también consigo el acceso a los mercados de trabajo de Europa Occidental, con la consiguiente reducción del desempleo interno. Sin embargo, la dependencia del crédito exterior dejó las economías bálticas peligrosamente expuestas a cualquier crisis global.

En 2007, más del 85 por 100 de los préstamos letones estaban denominados en divisas extranjeras, principalmente en euros, mientras que la deuda del país con los bancos extranjeros pasó del 6 por 100 del PIB en 2000, a casi el 54 por 100 en 2007<sup>39</sup>. El 40 por 100 del incremento total del empleo letón entre 2000 y 2008 se concentró en los sectores inmobiliario y de la construcción<sup>40</sup>. El crac, cuando llegó, fue catastrófico.

---

<sup>37</sup> J. Sommers y J. Bērziņš, «Twenty Years Lost: Latvia's Failed Development in the Post-Soviet World», cit., pp. 128-130; Olivier Blanchard, Mark Griffiths y Bertrand Gruss, «Boom, Bust, Recovery: Forensics of the Latvian Crisis», *Brooking Papers on Economic Activity*, otoño de 2013.

<sup>38</sup> Martin Myant y Jan Drahekoupil, *Transition Economies. Political Economy in Russia, Eastern Europe and Central Asia*, Hoboken, 2011, p. 309.

<sup>39</sup> Olivier Blanchard, Mark Griffiths y Bertrand Gruss, «Boom, Bust, Recovery: Forensics of the Latvian Crisis», *Brookings Papers on Economic Activity*, otoño de 2013.

<sup>40</sup> *Ibid.*

CUADRO 4: *Créditos de bancos extranjeros como porcentaje del total, 2007*

	Austria	Alemania	Suecia	Holanda	Bélgica	Francia	Italia
Estonia			93,3				
Letonia		12,7	78,1				
Lituania		15	77,7				
Polonia	6,3	21,2		10,9	9,5	7,9	22,9
Hungría	25,3	23,9			13,1	7,1	18,1
República Checa	29,3	6,5			24,7	17,3	
Eslovaquia	38,9	5,8		5,6	17,2	5,5	22,1

*Fuente:* Andreas Maechler y Li Lian Ong, «Foreign Banks in the CESE Countries: In for a Penny, in for a Pound?», IMF Working Paper WP/09/54, p. 15.

Eslovenia, que seguía siendo la excepción, disfrutaba de índices de crecimiento sistemáticamente más altos que la media de los quince Estados de la UE entre 1994 y 2003<sup>41</sup>. Los gobiernos de centro izquierda liderados por Janez Drnovšek continuaron con su política selectiva para atraer inversión extranjera directa, mientras avanzaban hacia la integración en la UE. Bohle y Greskovits señalan que, mientras la inversión extranjera directa en servicios públicos e industrias ligeras tradicionales era mucho más baja en Eslovenia a mediados de la década de 2000 que en los países de Visegrád o en los bálticos, el país estaba teniendo de hecho más éxito que dichos Estados a la hora de atraer inversiones de compañías extranjeras en manufacturas complejas, desconcertando con ello a quienes habían predicho que si no se adoptaban las directrices neoliberales más rígidas sobrevendría el desastre<sup>42</sup>. Los sindicatos tenían una presencia mucho más fuerte que en ningún otro lugar de la región: entre 1999 y 2007, el índice de densidad media sindical era del 41 por 100, comparado con el 23 por 100 de los países de Visegrád y el 17 por 100 de los bálticos, y la fuerza de trabajo en su conjunto estaba cubierta por convenios colectivos<sup>43</sup>. Sin embargo, bajo el impacto de la integración en la UE y las políticas de la coalición de derechas de Janez Janša, que accedió al poder en 2004, el modelo distintivo esloveno empezó a agrietarse. El gobierno de Janša siguió un curso de financiarización a marchas forzadas en el peligroso «periodo

<sup>41</sup> Marko Kržan, «Crisis in Slovenia: Roots, effects, prospects», *METU Studies in Development*, vol. 41, núm. 3, 2014.

<sup>42</sup> D. Bohle y B. Greskovits, *Capitalist Diversity on Europe's Periphery*, cit., pp. 202-205.

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 41.

incierto» entre 2004 y 2008<sup>44</sup>. El tipo de cambio esloveno se mantuvo vinculado al euro desde 2004 en adelante; tuvieron que abandonarse los controles de capitales, y el país se unió a la moneda común como miembro de pleno derecho en 2007<sup>45</sup>. Tal y como ha observado Marko Kržan, el abandono gradual del anterior planteamiento por parte de Eslovenia no lo dictó la necesidad económica:

No se eligió el nuevo modelo después de una consideración racional de las alternativas. Al contrario, el cambio de criterio fue enteramente ideológico y pragmático: la entrada en la UE (y en la UEM) era el objetivo central de las clases dirigentes y no se podía cuestionar. Y como los criterios de Maastricht y las reglas de la UEM eran incompatibles con unas políticas monetarias autónomas, estas últimas tenían que abandonarse<sup>46</sup>.

### *Estallan las burbujas*

Los efectos de la crisis económica global en la región y la forma que adoptaron las recuperaciones subsiguientes han variado dependiendo del modelo de acumulación previo a la crisis<sup>47</sup>. Aquellos países con unos déficits por cuenta corriente particularmente elevados y una gran porción de créditos en moneda extranjera –en particular, Hungría y los países bálticos– fueron los que más sufrieron. Al resto de países de Visegrád les afectó en mayor medida el declive de las exportaciones. Polonia fue el único país de Europa Central que logró evitar la recesión en 2009; en los demás, el nivel de la contracción osciló, entre el 4 por 100 del PIB en la República Checa y el asombroso 18 por 100 en Letonia (cuadro 5). Los países de Europa Occidental estaban ansiosos por proteger sus bancos de cualquier debacle financiera que su laxa política de préstamos a Europa Central y del Este pudiera haber provocado. No por casualidad el plan de acción que adoptaron al respecto recibió el nombre de Iniciativa de Viena, ya que los bancos austriacos eran los más expuestos en aquella región y, por lo tanto, los más inmediatamente amenazados por la crisis. La iniciativa tenía tres componentes clave: una inyección de fondos por parte del FMI, principalmente orientada a apuntalar la industria bancaria local, en general en manos extranjeras;

---

<sup>44</sup> Jože Mencinger, «Slovenia med zlonom socializma in krizo kapitalizma», en Janko Prunk y Tomaž Deželan (eds.), *Dvajset let slovenske države*, Maribor y Liubliana, 2012, pp. 74 y ss.

<sup>45</sup> M. Kržan, «Crisis in Slovenia: Roots, effects, prospects», cit.

<sup>46</sup> *Ibid.*

<sup>47</sup> Joachim Becker, «Osteuropa in der Krise: Ökonomische und politische Dynamiken», *WISO*, vol. 37, núm. 2, 2014.

unas fuertes políticas de austeridad, a fin de asegurar la estabilización de los tipos de cambio –algo esencial, dado lo elevado de los niveles de deuda en moneda extranjera–, así como una reducción drástica de los déficits por cuenta corriente; y en tercer lugar, garantías de los bancos privados de que mantendrían ciertos niveles de extensión de crédito. Este último elemento distinguía la Iniciativa de Viena de las políticas adoptadas hacia los países mediterráneos, donde los programas del FMI y la UE permitieron a los bancos de Europa Occidental desvincularse rápidamente de aquella región. En cambio, en Europa Central y del Este la reducción de los préstamos bancarios tendió a ser más gradual, lo cual era un reflejo del nivel que había alcanzado la propiedad extranjera en el sector y de la importancia que tenía para los bancos de Europa Occidental mantener sus subsidiarias a flote. Sin embargo, en los últimos años estos bancos han reducido su exposición en un número de países de manera significativa.

En 2009 los países bálticos experimentaron la contracción más severa del PIB de entre todos los Estados de la UE. En ese año el PIB de Letonia cayó el 18 por 100, el de Lituania casi el 15 por 100 y el de Estonia el 14 por 100 (cuadro 5). Esto reflejaba su exposición masiva a los préstamos en divisa extranjera y a unas burbujas inmobiliarias insostenibles alimentadas por el crédito durante los años inmediatamente anteriores a la crisis. Para cuando la crisis letona alcanzó su punto culminante en el tercer trimestre del 2009, el PIB del país había caído un cuarto; el colapso de la demanda interna era incluso más pronunciado, llegando hasta el 43 por 100 del PIB<sup>48</sup>. Los gobiernos regionales adoptaron unas medidas de austeridad draconianas, a fin de conjurar la perspectiva de la devaluación monetaria. Su prioridad era defender los intereses de los bancos (de propiedad eminentemente sueca) y de una clase media altamente endeudada. En el caso del programa letón, un programa particularmente duro patrocinado conjuntamente por la UE y el FMI, la Unión Europea fue más drástica que el FMI en la insistencia en una línea rígida en cuanto a la estabilidad de los tipos de cambio<sup>49</sup>. La austeridad redujo drásticamente la demanda interna y las importaciones y la sequía de flujos de crédito entrantes tuvo un efecto devastador. En dos años, la recesión en los países bálticos había alcanzado un nivel sólo comparable al de Grecia tras cinco o seis años de programas de austeridad.

---

<sup>48</sup> O. Blanchard, M. Griffiths y B. Gruss, «Boom, Bust, Recovery: Forensics of the Latvian Crisis», cit.

<sup>49</sup> Sebastian Leitner, «Baltikum: Ein neoliberales Transformationsmodell fordert seine Opfer», *Kurswechsel*, núm. 1, 2010.

Pero los tipos de cambio se mantuvieron y los tres países presionaron para adoptar el euro. Aunque sobre el papel la recuperación báltica se antoja relativamente fuerte, esto se debe sobre todo a que se mide con el baremo del colapso de 2008-2009. Letonia y Lituania en particular siguen lidiando con el legado de un crecimiento excesivo del crédito. Tres economistas del FMI describen así el caso de Letonia: «La producción sigue estando el 11 por 100 por debajo de su punto máximo. El desempleo se mantiene en alrededor del 12 por 100 y la población del país es un 7,7 por 100 menor de lo que era a principios de 2008»<sup>50</sup>. Calculan que de no haber sido por la emigración –que se ha llevado a los trabajadores más jóvenes y mejor formados a otros Estados de la UE– la tasa de desempleo letón sería un 6 por 100 más alta. La resistencia social ha sido débil o inexistente, con unas divisiones étnico-políticas que a menudo han desviado la atención de los asuntos económicos<sup>51</sup>. Aunque la recuperación de los salarios ha jugado un papel significativo en el crecimiento reciente del PIB, es poco probable que esta tendencia pueda prolongarse mucho más. Los Estados bálticos son ahora parte de la moneda común, siendo las tasas salariales el único mecanismo de adaptación que todavía les queda para responder a los déficits por cuenta corriente.

CUADRO 5: *Impacto de la crisis global en Europa del Este*

	<i>Crecimiento del PIB, 2009</i>	<i>Deuda externa (% del PIB)</i>
Polonia	1,7	54,8
República Checa	-4,1	44,4
Eslovaquia	-4,8	52,7
Hungría	-6,7	96,8
Estonia	-13,9	119,3
Letonia	-18,0	135,4
Lituania	-14,7	76,9
Eslovenia	-8,1	100,6
UE-15	-4,1	

*Fuente:* Dorothee Bohle, «An Elusive Region: East-Central Europe in the Crisis», *Perspectives on Europe*, vol. 41, núm. 2, otoño de 2011.

<sup>50</sup> O. Blanchard, M. Griffiths y B. Gruss, «Boom, Bust, Recovery: Forensics of the Latvian Crisis», cit.

<sup>51</sup> Dorothee Bohle, «Europas andere Peripherie: Osteuropa in der Krise», *Das Argument*, vol. 55, núm. 1-2, 2013.

De los países de Visegrád, Hungría resultó ser el más afectado por la crisis global. Una fuerte depreciación del forint encareció enormemente el servicio de la deuda del sector privado, que en 2008 había llegado a suponer dos tercios del PIB<sup>52</sup>. A ello se unía un descenso en las exportaciones manufactureras, a medida que los mercados de Europa Occidental se contraían de forma repentina. Las exportaciones cayeron casi un 19 por 100 en 2009 y el vital sector del automóvil se encogió casi un tercio en el mismo año; el desempleo alcanzó su nivel más alto desde principios de la década de 1990<sup>53</sup>. Hungría fue el primer país de la Unión Europea en acudir a la línea de crédito del FMI. Lejos de resolver la crisis, el habitual paquete de austeridad que acompañaba este apoyo simplemente agravó la situación social, hundiendo aún más la popularidad de la coalición de centro-izquierda en el poder, especialmente cuando se filtró a la prensa una conversación privada del primer ministro Ferenc Gyurcsány, en el que admitía haber mentido sobre el estado de la economía para ganar las elecciones de 2006. En 2010, los conservadores nacionalistas neoliberales del Fidesz llegaron al poder, para implementar una mezcla ecléctica de políticas, tanto heterodoxas como ortodoxas<sup>54</sup>.

En lo que respecta al sector bancario, lo más evidente fue la heterodoxia. El gobierno de Orbán obligó a los bancos a aceptar la devolución de créditos en moneda extranjera a un tipo de cambio que reflejaba el nivel previo a la crisis<sup>55</sup>. Esto benefició particularmente al corazón del electorado de clase media alta del partido Fidesz. El gobierno de Orbán también se propuso, con veinte años de retraso con respecto a los demás países de Visegrád, cultivar una burguesía «nacional» más fuerte. Sin embargo, en general estos intentos se han circunscrito a sectores que no

---

<sup>52</sup> Adam Fabry, «From Poster Boy of Neoliberal Transformation to Basket Case: Hungary and the Global Economic Crisis», en Gareth Dale (ed.), *First the Transition, Then the Crash: Eastern Europe in the 2000s*, Londres, 2011, pp. 205-206.

<sup>53</sup> *Ibid.*, pp. 207-208.

<sup>54</sup> Un estudio del BERD sobre las actitudes populares en los países poscomunistas que apareció antes de la recesión global reveló que, entre los Estados de Visegrád, los húngaros eran de lejos los que estaban menos satisfechos con los resultados de la transición. Mientras una pluralidad de checos, polacos y eslovacos estaban de acuerdo en que la situación de su economía familiar era hoy mejor que en 1989, más del 60 por 100 de los húngaros discrepaban. Preguntados si la situación económica general había mejorado desde 1989, los checos eran los más propensos a asentir, los eslovacos tendían un poco más a responder negativamente y los polacos estaban divididos a partes iguales; pero una mayoría aplastante de húngaros –casi el 80 por 100– creía que las cosas habían empeorado: BERD, *Transition Report 2007: People in Transition*, pp. 49-51.

<sup>55</sup> D. Bohle, «Europas andere Peripherie: Osteuropa in der Krise», cit.



están muy expuestos a la competencia exterior, tales como la construcción y algunas industrias de servicios. El sector industrial orientado hacia la exportación no se ha visto afectado por el nacionalismo económico. De hecho, el gobierno de Orbán ha continuado ofreciendo incentivos extremadamente generosos a las compañías extranjeras en este sector, y ha introducido en la legislación laboral húngara cambios radicales que reducen los derechos de los trabajadores<sup>56</sup>.

### *Turbulencia periférica*

Los demás Estados de Visegrád no estaban tan expuestos, ya que en ellos los préstamos en moneda extranjera no habían jugado un papel tan importante en la expansión del crédito. La deuda externa era mucho menor en estos tres países que en Hungría. El comportamiento relativamente fuerte de Polonia –aunque el crecimiento que registró en 2009 fuese modesto– se vio muy beneficiado por su tipo de cambio flexible: el zloty cayó en un 30 por 100 frente al euro en 2008-2009, lo que en parte compensó la gran caída en la demanda de exportaciones. El gobierno de Tusk se adhirió verbalmente al discurso de la austeridad, pero no lo aplicó en la práctica, permitiendo que el déficit público se incrementara desde el 2 por 100 en 2007 al 7 por 100 en 2009, lo que protegió en alguna medida la demanda interna<sup>57</sup>. El déficit de Polonia ha sobrepasado los criterios de Maastricht cada año desde 2008. No es de extrañar que la adopción de la moneda común –que es lo que Polonia se ha comprometido técnicamente a hacer en algún momento– siga siendo un tema controvertido: las encuestas reflejan que una mayoría se opone a cambiar el zloty por el euro, y el partido de derecha populista Ley y Justicia sacó provecho del tema en su exitosa campaña electoral de 2015<sup>58</sup>. Las manufacturas polacas, con un mercado interno más grande que el de otras economías de Visegrád, también se vieron menos afectadas por la crisis. La provisión de crédito a los hogares, que en Polonia dependía

---

<sup>56</sup> Un buen análisis del nacionalismo económico selectivo de Hungría se puede encontrar en András Tóth, «Das Ende der Leidensgeschichte? Der Aufstieg des selektiven Wirtschaftsnationalismus in Ungarn», en Steffen Lehndorff (ed.), *Spaltende Integration: Der Triumph gescheiterter Ideen in Europa—Revisited. Zehn Länderstudien*, Hamburgo, 2014, p. 216 y ss. Véase también Iván Szelényi, «Capitalismos después del comunismo», *NLR* 96, enero-febrero de 2016.

<sup>57</sup> Mitchell Orenstein, «The Political Economy of Financial Crisis in Central and Eastern Europe: Poland and Hungary Compared», draft paper, Johns Hopkins University, septiembre de 2010.

<sup>58</sup> Henry Foy and Zosia Wąsik, «Euro entry looms large in Polish election campaign», *Financial Times*, 20 de julio de 2015.

menos de los flujos entrantes de capital que en Hungría o en los Estados bálticos, ha continuado creciendo, si bien a un ritmo más bajo que antes. La recuperación la han liderado sobre todo las exportaciones, debiéndose en alguna medida a la salud del sector manufacturero alemán; a pesar de la emigración masiva, el desempleo regional sigue siendo muy alto.

En otros lugares, el nivel de la recuperación ha dependido también de la severidad de las políticas de austeridad. En la República Checa, el gobierno derechista de Nečas adoptó temporalmente unas medidas de austeridad estrictas para lanzar un ataque al Estado del bienestar, empujando a la economía checa a una segunda recesión. Por toda la región del Visegrád, la acumulación sigue dependiendo en gran medida del capital extranjero y de la expansión del crédito, factores que no pueden mantenerse por tiempo indefinido. Las manufacturas dependen de los mercados externos, con la única excepción parcial de Polonia: la República Checa exporta más del 80 por 100 de su producción industrial, principalmente a Alemania<sup>59</sup>. Un número muy reducido de sus sectores industriales acumulan el grueso de las exportaciones manufactureras. Incluso en Polonia, cuyos productores están en alguna medida más orientados hacia el mercado interno, las exportaciones suponen el 46 por 100 del PIB<sup>60</sup>.

Tan preponderante ha sido la inversión extranjera en los cuatro Estados de Visegrád, que su crecimiento industrial impulsado por las exportaciones durante la primera década de 2000 se comprende mejor como un «desarrollo dependiente». Sin embargo, las compañías que han transferido algunos elementos de sus cadenas de producción a Europa del Este, en general han mantenido la investigación y el desarrollo en el núcleo capitalista. Tal y como declaró un investigador científico polaco al semanario *The Economist*: «Después de 1989, la mayor parte de la investigación y el desarrollo industrial pereció en Polonia, ya que las empresas extranjeras que vinieron aquí querían polacos para que fabricaran cosas, no para que pensarán sobre ellas»<sup>61</sup>. La proporción que ocupa el I + D en la economía nacional es normalmente muy reducida: el 1 por 100 del PIB húngaro en 2006 y sólo el 0,6 por 100 del PIB polaco en el mismo año. Sólo en la República Checa, con un 1,5 por 100, se acercó a la media

---

<sup>59</sup> Ilona Švihlíková, «The Czech Republic: Neoliberal Reform and Economic Crisis», en G. Dale (ed.), *First the Transition, Then the Crash: Eastern Europe in the 2000s*, cit., p. 187.

<sup>60</sup> «In with the New», *The Economist*, 28 de junio de 2014.

<sup>61</sup> *Ibid.*

de la UE de los 27 (1,8 por 100), pero seguía muy alejada de las cifras de Alemania (2,5 por 100) o Finlandia (3,5 por 100)<sup>62</sup>.

El modelo heterodoxo de Eslovenia ha venido sufriendo fuertes tensiones desde 2008. Los años anteriores a la crisis se habían caracterizado por otra burbuja financiada crediticiamente: en 2007, la deuda externa del país era del 100 por 100 del PIB (cuadro 5). Esto llegó a un abrupto final con la crisis global: el PIB cayó el 8 por 100 en 2009, las exportaciones, el 16 por 100, y la producción industrial, casi el 17 por 100; el déficit público subió desde cero en 2007 a más del 6 por 100 del PIB en 2009<sup>63</sup>. El sobreendeudamiento continúa pesando sobre los hogares, los bancos y muchas empresas nacionales. La adopción del euro también ha agravado los problemas de la industria eslovena. Con la llegada de la crisis, las estructuras residuales neocorporativas de Eslovenia y el importante papel que juega el capital nacional y el Estado en sectores clave como la banca están bajo asedio. La Comisión Europea ha exigido privatizaciones draconianas y los (muy volátiles) gobiernos de coalición de Liubliana, sin importar su color político, se han plegado a esos *diktats*. La oposición a estas políticas sociales regresivas, liderada por el movimiento sindical, ha sido bastante más fuerte que en la mayoría de los países de Europa del Este. Pero, tal y como observa Marko Kržan, cualquier regreso al modelo exitoso de la década de 1990 está bloqueado por factores externos: «Hoy Eslovenia tiene una divisa apreciada que no controla, [y] hay una unión fiscal *de facto* en la UE que constriñe la política fiscal y discrimina enérgicamente a la propiedad estatal. En otras palabras, la Unión Europea es hostil a los proyectos de desarrollo endógenos»<sup>64</sup>.

### *Resultados y perspectivas*

¿Cuál es el cuadro general, tras veinticinco años de desarrollo capitalista en Europa Central y del Este? Tras la traumática depresión poscomunista, dos modelos económicos en sentido amplio tomaron forma: uno descansaba sobre un único pilar principal, la financiarización dependiente, mientras que el otro se basaba en dos formas de dependencia, industrial y financiera. Los países bálticos ejemplificaban el primer modelo. Después de experimentar el declive más agudo durante la transición, salieron de esta con las bases industriales más débiles y con

---

<sup>62</sup> J. Hardy, *Poland's New Capitalism*, cit., p. 90.

<sup>63</sup> M. Kržan, «Crisis in Slovenia: Roots, effects, prospects», cit.

<sup>64</sup> *Ibid.*

los sistemas de bienestar más precarios de todos los países que hemos examinado, y se apoyaron en burbujas inmobiliarias financiadas por el crédito para generar crecimiento económico en la década de 2000. Fueron golpeados con especial virulencia por la crisis económica global después de 2008.

Los países de Visegrád no empezaron a converger de acuerdo con los parámetros del segundo modelo hasta finales de la década de 1990. Hungría lo apostó todo a atraer inversión exterior directa desde el primer día, pero las autoridades checas y eslovacas desanimaron activamente la dependencia del capital extranjero, mientras que Polonia se mantuvo más o menos entre los dos extremos. La liberalización asimétrica del comercio con las economías occidentales más avanzadas resultó ser incompatible con el objetivo de cultivar una clase capitalista nacional. La Unión Europea también aumentó la presión para transferir activos locales y ponerlos bajo titularidad extranjera durante las negociaciones para la integración en el club comunitario. Con el cambio de siglo, los cuatro Estados de Visegrád se habían embarcado en una carrera desbocada de concesiones para atraer inversión de Europa Occidental, Japón y Estados Unidos. Como resultado, la región se convirtió en una zona manufacturera importante, especialmente en el sector del automóvil y de la electrónica. Pero este modelo se basaba en las elecciones que hacían compañías extranjeras, que normalmente mantenían la actividad de I + D de alto nivel en sus propios países. A diferencia de los «tigres» asiáticos, que no se abrieron a la competencia con el núcleo capitalista durante el periodo de despegue, las economías de Visegrád han resultado incapaces de producir sus propias industrias nacionales. Y el objetivo de la convergencia con Europa Occidental sigue estando lejos.

Había, por supuesto, similitudes considerables entre los países bálticos y los de Visegrád, ya que todos cayeron bajo el dominio de los intereses bancarios extranjeros; Hungría, una gran plataforma manufacturera, también experimentó una burbuja financiada por el crédito en el periodo previo a la crisis global. La desviación más asombrosa de la norma se dio en Eslovenia, el país que disfrutó de mayor autonomía y que siguió las políticas más heterodoxas. Partiendo de la robusta base industrial que había heredado del sistema de Tito, Eslovenia contaba con el Estado del bienestar más generoso y los índices salariales más altos de la región, siendo el país que más se acercó a la convergencia con la Europa de los 15. A pesar de todo, la presión de la Unión Europea condujo gradualmente

a los gobiernos eslovenos hacia una vía más ortodoxa, erosionando con ello los cimientos del éxito del país. Ahora que las principales economías europeas luchan por lograr un crecimiento estable casi una década después de la gran crisis, ¿qué posibilidades tiene el flanco oriental de la Unión de reducir la brecha?

# NEW LEFT REVIEW

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

Tarifas de suscripción a la revista *New Left Review* en español

## Para España

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [55 €]

Suscripción anual para Instituciones [200 €]

*(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número  
enviados a una misma dirección postal)*

Venta de un ejemplar individual para instituciones [20 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

## Para Europa

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [85 €]

Suscripción anual para Instituciones [300 €]

*(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a  
una misma dirección postal)*

Venta de un ejemplar individual para instituciones [30 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

## Resto del mundo\*

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [120 €]

Suscripción anual para Instituciones [350 €]

*(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a  
una misma dirección postal)*

Venta de un ejemplar individual para instituciones [50 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

\* Excepto en la República del Ecuador. Para dicho país deben contactar con el Instituto de Altos Estudios Nacionales - IAEN (<http://iaen.edu.ec>)

## Formas de pago

Se puede realizar el pago mediante tarjeta de crédito, transferencia bancaria o domiciliación bancaria a través de nuestra página:

<http://traficantes.net/nlr/suscripcion>

Para cualquier duda podéis escribirnos a [nlr\\_suscripciones@traficantes.net](mailto:nlr_suscripciones@traficantes.net)